



El gran triunfo de los Socialistas Una gran victoria para la paz en las Elecciones inglesas

por José Gregori

«Vamos a rendir justicia a nuestros compañeros de España...» declara Harold Laski, Presidente del Labour Party.

La consecuencia inmediata del formidable triunfo electoral de los socialistas ingleses ha sido la designación de Clemente Atlee

minará, además, una influencia indiscutible en la política europea... influencia de la que beneficiarán, sin duda alguna, los problemas creados por la postguerra.

«Creo que estamos en vísperas de un gran progreso de la raza humana, y eso no sólo en lo que respecta al trabajo de reconstrucción con las demás naciones...»

DECLARACIONES DE HAROLD LASKI

«Las elecciones muestran la madurez de los electores británicos. Imposible crear en un país como el nuestro el mito del Führer. El país ha marcado su deseo de una paz verdadera y de un verdadero programa de reconstrucción.»

«Ahora—ha dicho Laski—estamos en condiciones de rendir justicia a nuestros compañeros de España.» Esta actitud supone la contrapartida a la política de Churchill, quien en su última etapa gubernamental, dejándose llevar demasiado lejos por el estado mayor de la reacción inglesa, neutralizaba todo intento encaminado a dar a España una solución republicana.

Las palabras de Laski traducen el pensamiento del Partido Laborista, en cuyo programa electoral figuraba un punto concerniente a liquidar la situación franquista en España. En uno de los editoriales publicados en vísperas de las elecciones por el «Daily Herald», órgano oficial del Partido, se decía tajantemente que votar para los conservadores era votar para Franco.

DECLARACIONES DE ATLEE

«El Partido Laborista ha abordado las elecciones con un programa de una gran precisión y madurez. En materia de política extranjera, tenemos una larga tradición. Nunca nos hemos desviado de nuestra posición, y reafirmamos la necesidad de un nuevo orden mundial del que la guerra quede descartada.»

El primer ministro Harold Laski presidente del Labour Party y gran amigo de la República Española.



MAYOR

Cuando se enjuicia a alguien con imparcialidad y elevado espíritu los procedimientos, tácticas o acciones de los comunistas, en abstracto, se pretende hacer creer que el que enjuicia o critica actúa como anticomunista, es decir, como enemigo de las doctrinas comunistas o de los hombres que las sustentan, falsedad que se pone más de relieve si el que juzga o critica de tal modo es un socialista marxista que, por serlo, es igualmente comunista doctrinalmente, pues la distinción hoy entre socialistas y comunistas es de conducta, de procedimiento, y no de doctrina.

Surgió esta diferenciación al nacer la III Internacional, exigiendo que sus adherentes aceptasen sin discusión los famosos 21 puntos elaborados en Moscú y que implican una plena supeditación a las resoluciones del elemento dirigente con plena abdicación de la independencia y la libertad de acción como partido nacional.

El horror a ese sistema antidemocrático, uniformista y anulador de la independencia nacional determinó el alejamiento de la III Internacional de los grandes partidos socialistas europeos en los que se produjeron escisiones que, a partir de entonces, se conocen con el nombre de partidos comunistas.

No se descubre nada, por lo tanto, cuando se afirma que los partidos comunistas tienen que actuar según las consignas u órdenes que reciban de la sede comunista porque esa es la condición impuesta por la III Internacional y eso es lo que los partidos comunistas han aceptado voluntariamente.

Pero he ahí el gran escollo con que se tropieza universalmente para que exista una perfecta inteligencia y menos aún identificación o unificación entre unos y otros partidos marxistas.

Los partidos socialistas, actuando con absoluta independencia nacional y con arreglo a una estricta democracia interna, adoptan aquellas resoluciones que son aplicables a la situación, a las posibilidades de momento del país en que actúan y que, por razón natural, conocen mejor que los extraños.

El escollo es siempre la sumisión a las órdenes o consignas que emanen de un organismo ajeno y por encima de los intereses nacionales del partido.

Y no se nos niegue la realidad de esa obediencia ciega impuesta por la III Internacional, porque podemos aducir numerosas pruebas irrecusables de ella. En la U.R.S.S. mismo, donde no se hacen campañas de proselitismo como en Europa, hay muchos hombres que siendo afectos y sirviendo fielmente al régimen, se niegan a pertenecer al Partido Comunista por no querer someterse a la obediencia ciega que en las más de las ocasiones se les impone.

¿Pueden conciliarse las diferentes concepciones de actuación y disciplina entre socialistas y comunistas? Puede serlo en la intención, pero no en la realidad.

La aspiración a hacer un solo Partido del Socialista y el Comunista es una aspiración noble y llena de promesas para el porvenir de la clase trabajadora. Mas para verla lograda plenamente, aparte otras circunstancias dignas de tener en cuenta, se impone como condición indispensable que los Partidos Comunistas consigan su absoluta independencia nacional y que sustituyan la obediencia a los dictados de un organismo en el que sólo tienen una actitud pasiva por la práctica de una democracia interna que, en la ocasión, debe aplicarse a las relaciones internacionales.

Los comunistas nos aplicaron durante mucho tiempo a los socialistas como un calificativo infamante el de socialdemócratas. Pues bien; seguimos siendo fieles defensores de la democracia socialista, de la independencia nacional de nuestro Partido y de la actuación internacional de los trabajadores sobre la sólida base de una perfecta democracia obrera.

Seguimos creyendo que el escollo insuperable contra el que se han de estrellar todas las buenas intenciones de unificación marxista es la supeditación de los Partidos Comunistas a una obediencia que niega la democracia y que está muy lejos de poderse conciliar con una rígida disciplina consiente.

Moralización de las costumbres políticas

por Arsenio Jimeno

Contra toda lógica esperanza continúa una política de enmascaramiento y barullo que tiene, en el aspecto moral inquietantes paralelos con la disgregación ética—más horrible que la física—a que está sometido nuestro país.

Para combatir, no sólo a Franco y su régimen, sino a la podredumbre moral que ha creado y nos dejará por herencia, nos es necesaria limpia y dura ética en el procedimiento. Para ello debemos de purgar nuestra propia casa, y habremos de poner de relieve las características principales de esta posición antes de que nos la desfiguren los vociferos de siempre los demagogos a tanto el aullido y los rebañadores disfrutantes de ajenas haciendas que buscan con clamores febriles confundir en haz apretado y uniforme sus deformaciones y lacras, en la limpieza moral y huerfana de responsabilidades de la mayor parte de los españoles.

Y que no se vea en esta frase última, ahusonamiento a un partido determinado, pues aunque sea él quien más tenga que castrar, en su afán de acompañar nombres y aun núcleos enajenados en grupos actuantes. Son éstos hombres concientes conturbados, no por el arrebatamiento de sus deseos y lacras, sino por el hecho de inquietud ligada a la posibilidad de esuamo en el ludibrio de congruos encharques y rosadas perspectivas de fiestas bien tarfiadas en sillones ministeriales. A éstos y aquellos una recta solidaridad.

Contra tal confabulación forjada en escalas a las cajas públicas y palanqueadas, a la conciencia popular sostenemos nosotros alto y limpio el flagelo de voluntades antifascistas.—Tan to se ha infectado el concepto unidad que vaciamos en empírico. La unidad es excelente pabellón y por ello se agita histéricamente para cubrir las más averiadas mercancías políticas.—Somos, repetimos, fervorosos partidarios de un ligamen recto y limpio en la acción que no sea confusión, jarana o zarabanda. Lo hemos demostrado en nuestra ya larga actuación y lo estamos demostrando hoy más que nunca.

Y no son los eternos divisionistas los que podrán negar esta aseveración. Nuestra posición de conciliar con la unidad es la mejor salvaguarda de un entendimiento colectivo fecundo en resultados que tienden a salvar los valores morales para que impregnen la vida pública y la privada, a su vez, condición indispensable para salvar a España

Con la República como punto de partida para más trascendentes conquistas.

Contra esta condicionalidad se han levantado impudicas acusaciones—impudor de primitivos—por los ya aludidos entre los que no es raro encontrar alguna nítida egrija, rasacueros de falso franciscanismo y dinámicos manoteadores cuya ambición la rima con la esquizofrenia tribalista muy curiosa, espectacular y regocijante. No olvidemos a los decadentes que maridan sus concubinas con los fastos patros en auge y a los pascosistas guñaldea de frases rocosas.

Es a contrapartida militante y vocadora no quita un adarme de firmeza a nuestro propósito. Ahí está la moción aprobada por el Comité Nacional de nuestro Partido en contestación al Partido Comunista que no hacemos en nuestro trabajo sino gloriar moción que es la más seria empresa de moralización de las costumbres políticas Empresa que se continuará hasta sus más íntimas consecuencias. Hemos de inculcar, como cuestión previa a todo contrato, seriedad, respeto y decencia a quienes les falte. Si la política, que tiende al bien público, se ejerce con mañas gitanas es posible que logremos apoderarnos del Estado pero en condiciones tales que no haya ventaja alguna para el ciudadano, pues llevaríamos en nuestro seno una infección moral que nos cerraría el camino que lleva al progreso moral, ya que estaríamos obligados a basar la gobernanza en las facultades negativas del hombre.

Porque queremos ser leales con los demás y con nosotros mismos nos negamos a vergarreas e hipocritas fugaciones. Ni a comedias unitarias de exportación o montar una empresa de disgregación en nombre de la unidad. Es demasiado serio lo que nos jugamos para propiciar maniobras por sugestivas que éstas sean. Queremos que España y la República sean conquistadas sin hipotecas morales y materiales. Ese es el secreto de una conducta firme, roquera.

Cuando pase esta época turbia y omenial, estamos seguros de polarizar el agradecimiento y aun la efusión de las puras conciencias comunistas por este riguroso moral que es segura garantía de salvaguarda de principios para todos nos son caros y que hoy los oscurecen el fragor y estruendo de baratas pasiones.

para formar nuevo Gobierno. Con sus 390 diputados, el Partido Laborista se dispone a gobernar, aplicando el programa que le sirvió de base en la propaganda electoral. Una política clara de nacionalizaciones va a ser inaugurada en las industrias básicas de Inglaterra. Síntoma elocuente del sentido que se va a imprimir a la obra de gobierno es que se ha producido ya una fuerte modificación en los medios de la alta finanza, y las informaciones procedentes de la Prensa inglesa describen el pánico producido en la Bolsa al conocerse el resultado exacto de las elecciones.

El triunfo de los socialistas ingleses no sólo repercutirá en la política interior inglesa. Determinará, además, una influencia indiscutible en la política europea... influencia de la que beneficiarán, sin duda alguna, los problemas creados por la postguerra.

Telegramas de nuestras Comisiones Ejecutivas al Labour Party

HAROLD LASKI, Labour Party, Londres. Partido Socialista Obrero Español expresa profunda alegría rotundo triunfo Labour Party, garantía justa ordenación paz, para lo que es indispensable eliminación foco fascista español y restablecimiento República.—E. de Francisco, presidente; Rodolfo Llopis, secretario general.

LASKI, presidente Labour Party, Londres. Unión General de Trabajadores de España felicita entusiastamente Labour Party por magnífico triunfo electoral. Los trabajadores españoles y la causa de la República Española estamos de enhorabuena. Saludos.—Pascual Tomás, secretario general; Trifón Gómez, presidente.

LABOUR PARTY, Londres (Anglaterra). Juventudes Socialistas Españolas les felicitan por su magnífico triunfo electoral. Confiamos su ayuda a la República Española.—Gregori.

El 14 de Julio de los farsantes

por Sancho

PRONOSTICOS DE LOS INGENUOS En vísperas del discurso de Franco, la Prensa Internacional aventuraba vaticinios optimistas respecto a la decisión del «caudillo». Por algunos se hablaba de la constitución de un Gobierno militar de la presidencia del general Sánchez Dávila con García Vallón en el Ministerio de la Gobernación. Otros daban por segura la formación de un Consejo de Regencia. Por parte de nadie se ponía en duda la dimisión de Franco y la disolución de Falange.

LA REALIDAD: UNA AFIRMACION Tras nueve años de meditación, el general Franco llega a la conclusión de que «la monarquía es la forma tradicional de gobierno español».

¿QUE CLASE DE MONARQUIA? Una monarquía que sea «la garantía del progreso social y de la supervivencia del espíritu de la Falange».

¿CUANDO SE RESTABLECE LA MONARQUIA? «En el momento oportuno.» Tras estas palabras, no hay forma de equivocar

carso respecto a la fecha de tan gretoso suceso.

¿EN BENEFICIO DE QUIEN? «La institución que tenemos que forjar tiene que estar en condiciones de permanecer, pese a los errores individuales que pudieran cometer sus jefes...»

UN PRINCIPE EQUIVOCADO El error de D. Juan se pone de manifiesto en un comentario oficioso que llega de las agencias parisienses, fecha 18 del pasado, procedente de los medios monárquicos de Lausana, al declarar el pretendiente que no se da por satisfecho de la solución propuesta, por estimar la supervivencia a la dictadura de Franco y Falange incompatible con la política independiente que la monarquía quisiera realizar de acuerdo con las resoluciones del último Congreso monárquico.

En los mismos medios se agrega que durante la estancia de D. Juan en Londres, donde estableció contacto con el duque de Alba, quedó acordada la necesidad de liquidar lo antes posible a Falange y exigir que Franco deje el

pase libre para la restauración de la monarquía constitucional en España.

EL PRETENDIENTE CALLADO Se comenta con alguna insistencia en los medios informativos madrileños a llegada de un sobrino del último pretendiente carlista, un príncipe de la rama de Habsburgo y Borbón. Este nuevo pretendiente descubierto hace pocos días por los carlistas, que le llaman Carlos VIII, ha celebrado varias entrevistas con determinadas personalidades de la España fascista.

La gente maliciosa, que nunca ha faltado en Madrid, da por seguro que el pretendiente acudió a estas conferencias acompañado por un intérprete, ya que su primer mérito—que no es poco desde el punto de vista del dictador—consiste en su ignorancia total y absoluta del idioma castellano.

FALANGE CAMBIA DE IDENTIDAD Se da por seguro en los medios informativos madrileños que Falange ha acordado hacer lo que suelen hacer todos los criminales perseguidos por la Justicia: cambiar el nombre. De aquí en adelante se llamará «Partido Nacional».

Hemos estado pendientes, con extrema impaciencia, del resultado de las elecciones inglesas porque para nosotros, ésta es al menos nuestra plena convicción, en ellas no se libraba tan sólo una batalla de efectos locales entre conservadores y laboristas, sino que además entraban en juego dos concepciones diametralmente opuestas en materia política internacional, en la que el problema español entre otros, parecía llevar trazas de enquistarse muy profundamente.

El esfuerzo exigido por la guerra para acabar con los ejércitos fascistas, fue perfectamente comprendido por los Gobiernos de los países aliados y una sólida acción común entre ellos, marcó los primeros pasos de la victoria hasta convertirla en definitiva. Esa comprensión fue perdiendo vigor, cuando a los problemas de la guerra sucedieron los de la paz y el hecho en si tiene poco de paradójico, porque fue inmediatamente después de conseguida la victoria, que empezaron a recobrar autonomía propia los particularidades intereses de cada potencia aliada. La conciliación de esos intereses iba a depender en gran manera, de la concepción que sobre la reconstrucción de la paz, tuvieran los Gobiernos situados al frente de los países vencedores.

El pueblo inglés, que se sintió identificado con Churchill como jefe militar, no podía aceptar que el precio de tanta sangre derramada, se tradujera en la consecución de una política reaccionaria que pusiera en peligro el equilibrio internacional exigido por la paz, porque el pueblo inglés, como el de otro país cualquiera, sabe que el poder de la reacción se torja y mantiene en los campos de batalla con los mejores hijos de la patria, se consumen los materiales de guerra que dan origen a las grandes y fabulosas fortunas.

Los socialistas ingleses, que en un cuarto de siglo han visto intervenir a su país en dos guerras mundiales, no quieren que se vea en la necesidad de repetir una tercera experiencia y su llegada al Poder, tiene la especial significación de proyectar una acción internacional encaminada a establecer las bases de una seguridad colectiva exenta de toda amenaza bélica. Con esta concepción han combatido energicamente; las complacencias de Churchill para con Franco, quien veía en los conservadores ingleses el punto de sostén más seguro para, abierta o encubiertamente, atanzar una política en evidente oposición a los principios propugnados que unieron a las democracias en su gigantesca lucha contra el fascismo.

Para nosotros, el triunfo de nuestros compañeros ingleses constituye la garantía de que el capítulo de maniobras tan desvergonzadamente iniciado por Franco, va a tener un rápido fin, impresión que sin duda es compartida por todos los antifascistas españoles. No nos domina, en la misma proporción que a otros, la inquietud de que los ingleses, ya sean laboristas o conservadores, vivan excesivamente pegados a sus intereses nacionales. Eso es una cuestión puramente psicológica, cuyas características hay que buscarlas en el instinto de conservación consustancial con un mundo de base capitalista. Justamente la victoria obtenida por los socialistas ingleses, supone un fuerte descalabro para el capitalismo, cuyas consecuencias pueden tener efectos incalculables, sobre todo en estos momentos en los que, después de la gran tragedia, el mundo siente unas ansias incontenibles de renovación que hacen más fuertes que nunca, nuestras esperanzas en el triunfo del Socialismo.

Una nueva maniobra de division

En el número correspondiente al 18 de julio de «Unidad y Lucha» (órgano incontestado del P. C.) se da publicidad a un documento privado por ellos redactado y que pone de manifiesto la nueva maniobra divisionista, cuyo desarrollo estamos presenciando con sereno juicio y firmeza de ánimo, tanto más cuanto que cada día nos sentimos más reforzados y apoyados por la opinión general del antifascismo español.

En este documento se empieza por afirmar que la mal llamada UNE ha sido disuelta para propiciar la unidad de los españoles.

Empecemos nosotros por recordar que la tal ha muerto asfixiada por sus errores, desastrosos y crimenes y no como abnegado sacrificio.

El que se nos pase factura de gastos de entierro (obligación exclusiva del progenitor) no quiere decir que lleguemos al extremo de mansedumbre evangélica de hacerla efectiva. Si alguien, que no somos nosotros, se comprometió trívola y clandestinamente a hacerlo, que lo haga.

Quede sentado, también, como premisa, que el citado organismo ha sido la más bestial empresa de desunión de todos los españoles que hemos conocido jamás. ¿Que ahora se han recibido órdenes para ir resucitando por el camino de la unidad? No prejuguetemos. Limitémosnos a ver framentado cómo se entiende esta nueva ofensiva de «unidad» sin olvidar que de la noche a la mañana se pueden recibir órdenes en contrario. Por lo pronto se han publicado unas condiciones de las que extractaremos lo esencial. Ya es curioso que se atrevan a exponer condiciones, pero pasémoslas por alto la absurda pretensión y leamos.

Los comunistas españoles están dispuestos a la unidad con los republicanos españoles emigrados en Francia, sobre las bases siguientes:

1.º Que este organismo una en sí seno a todas las fuerzas inequívocamente republicanas... sin exclusiones. Que en él deben estar todas las fuerzas que hasta aquí integraban UNE, las fuerzas de la J. E. L. y los partidos catalanes y vascos.

«5.º Los comunistas estaríamos dispuestos, para realizar la unidad de los españoles residentes en Francia, incluso a aceptar que aquella tomara la forma de nuestro ingreso en la Junta de Liberación a condición de que fueran admitidos TODOS LOS PARTIDOS Y ORGANIZACIONES REPUBLICANAS Y ANTI-FASCISTAS incluidos en UNE...»

En el comentario que termina esta misiva vuelve a repetir: «Nuestro Partido considera también que debe quedar inequívocamente claro que la Junta de Liberación de Francia no depende de la de Méjico, ya que de esa se hallan ausentes las representaciones de la clase obrera...»

Y añaden: «Nuestro Partido declara que su decisión de ingresar con las condiciones expuestas en la carta que publicamos más arriba en la Junta de Liberación de Francia no significa en modo alguno renuncia al apoyo y defensa de la legalidad republicana representada por el Gobierno del doctor Negrín...»

Después unas líneas hipocritas dan a entender que tanto libertarios como republicanos, vascos y catalanes están dispuestos a la realización de «esta unidad».

Es decir, que la gran maniobra consiste en separar a socialistas y libertarios, rompiendo el clima de cordialidad y comprensión que entre nosotros existe y por otra parte hacer imposible la inteligencia de exiliados en Francia con los que están en Méjico.

Ya todos es sabido que la J. E. L. en Francia no está a nadie subordinada, aunque tenga con la de Méjico identidad de objetivos. Está próximo el día en que los dos grandes movimientos del exilio convensen y se entiendan formando un solo bloque recto y de personalidad lo suficientemente acusada para pesar en el terreno internacional. Esa posibilidad asusta a los que ayer nos decían fascistas, y se aprestan a emplear todos los medios a su alcance para impedirlo. Ahí queda dicho y repetido. El P. C. está dispuesto a ingresar en la J. E. L. con tal de que ésta no guarde ninguna relación con la de Méjico. Dicho de otra forma: que dividiéramos irremediablemente el movimiento político del exilio en beneficio exclusivo del P. C. Se nos cree a los españoles demasiado cándidos. Ya sabe el P. C. cuál es el camino para incorporarse a la empresa de Liberación de Méjico.

(Pasa a la página 2.)

